

# Guerra, amor y asesinato

Arturo Pérez-Reverte en plenitud: *El asedio* tiene fuerza plástica y potencia narrativa. La fluidez entre ambientes y episodios es perfecta. Sus rotundos personajes se cruzan en Cádiz, barco sitiado pero felizmente abierto al mar, espléndido y crepuscular a la vez, el escenario idóneo para que coincidan la disciplina científica de la guerra moderna y el ancestral misterio del crimen

## El asedio

Arturo Pérez-Reverte  
Alfaguara. Madrid, 2010  
736 páginas. 22,50 euros

Por Justo Navarro

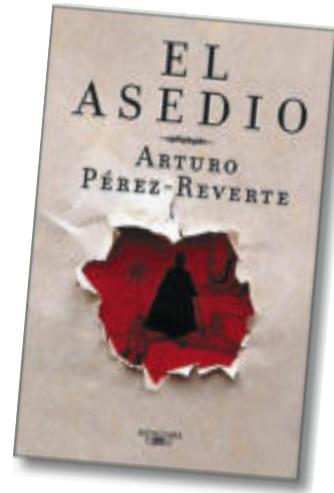
S OPLA EL LEVANTE en Cádiz y mueve el látigo de un asesino, en 1811, tiempos de guerra. Napoleón sitia una ciudad que, en fatal decadencia poco visible todavía, quiere sobrevivir haciendo nuevo lo viejo. Las Cortes Constituyentes se reúnen en Cádiz, “culo de Europa y úlcera del Imperio, con la maldita España rebelde reducida a una isla inconquistable”, según el capitán de la artillería francesa. Caen bombas. Un asesino mata como un carnicero sucio. Se hacen negocios. La gente se enamora. Todo pasa, todo sigue. Es el mundo de *El asedio*, Arturo Pérez-Reverte en plenitud.

Muchachas casi adolescentes aparecen destrozadas a latigazos, y, puesto que hay un asesino, tiene que haber un policía: el comisario Tizón mira con espanto y frío detenimiento profesional a esas niñas de la edad que tendría su hija, si no se la hubiera quitado la muerte. Descubre una conexión entre dos cosas: las bombas vuelan y el asesino mata a pocos pasos de donde caen. El enemigo más cruel no es el que dispara desde posiciones francesas: está en la ciudad. El policía, habitual ajedrecista de café, ve cómo Cádiz se convierte en tablero. ¿Dónde estallará la próxima bomba? ¿Dónde matará otra vez el criminal? Viejo perro callejero, husmea cada huella, cada indicio, pero, con el colmillo izquierdo de oro, es menos un detective lógico, a lo Holmes, que un sabueso de Serie Negra, con una conciencia instintiva de que la actividad policial guarda más relación con la delación y la tortura que con una investigación científica.

Los rotundos personajes de Pérez-Reverte se cruzan en Cádiz, barco sitiado pero felizmente abierto al mar. Bulle de vecinos, 100.000, refugiados, comerciantes, chusma portuaria, curas, soldados, cronistas, diputados en Cortes. Lolita Palma, soltera, de 32 años, pertenece a la mejor sociedad gaditana. Se sienta en el sillón del padre difunto, al frente de su familia y de la razón social Palma e Hijos. Armadora de

buques que trafican con América y Rusia o navegan con patente de corso, podría ser una de esas mujeres de negocios que popularizó Hollywood en los años cuarenta, o una empresaria de ahora mismo. Es jefa y socia del capitán Lobo, corsario, no un caballero probablemente, pero sabio en su profesión, valiente, reflexivo y sin doblez, del tipo de criaturas que parecen condenadas al desamor y el fracaso heroico.

Los actores de reparto son excelentes. El artillero Desfosseux agujerea Cádiz con sus bombas y se toma la guerra como un problema matemático. Su enemigo no son los españoles, sino los obstáculos que imponen la ley de la grave-



Los rotundos personajes de Pérez-Reverte se cruzan en Cádiz. Foto: Sofía Moro

dad, la materia y los vientos de la bahía. El espía taxidermista Fumagal, librepensador solitario que ha hecho de la razón su delirio, vive en un paraíso de animales disecados y palomas mensajeras. Morraja, salinero, cazador furtivo, duro co-

mo el cuero viejo, escopetero del rey, se gana miserablemente la vida en la paz y en la guerra y tiene una niña sirviendo en casa de los Palma. Los personajes de *El asedio* llevan nombres parlantes, emblemas de su condición.

Siente Pérez-Reverte devoción por las palabras, fetichista de las palabras y las cosas perdidas o en vías de perderse, y hay una incesante felicidad evocativa en su relato, que se demora en el papel de cartas de Lolita, en el bastón brutal de Tizón, en las ropas, en la levita color nuez del lechuguino anglófilo, en el corbatín algo flojo del comerciante que exhibe en ese mínimo desarreglo su sometimiento a una “intensa y honorable jornada laboral”. Pasan en una ráfaga los fracs oscuros de los diputados, la casaca verde del embajador inglés, una chaquetilla con pesetas de plata como botonadura, la infantil alegría heráldica de los uniformes militares. Y surcan el mar faluchos, bergantines, polacras, balandras y goletas. Si Pérez-Reverte recurre a un vocabulario de añosa literatura, lo usa con la verdad física, inmediata, de una conversación. Aquí y allí saltan expresiones que parecen de toda la vida, entre lo anacrónico y el anacronismo: a la mujer que va para soltera “se le pasa el arroz”, y, si no, que baje Dios y lo vea. Coger al asesino es buscar una aguja en un pajar. El que quiera higos de Lepe, que trepe. ¿Aguanta el sospechoso torturado? Pues se le puede seguir dando hilo a la cometa, y le siguen dando. Es inocente.

*El asedio* tiene fuerza plástica y potencia narrativa. La fluidez entre ambientes y episodios es perfecta. Guerra y negocios discurren juntos. La gloria bélica resplandece en la desordenada ejecución de tres desertores, bajo un diluvio negro, en el fango. Aquí, como en toda buena fábula, el mundo está hecho de contraposiciones, entre los afectos, la guerra, el comercio, la política, el amor entre la Palma y el Lobo, de un frío candente, mortal para el metal menos templado. Hay vidas, como la del capitán y la criada de Lolita, que no decide el destino, sino el interés esencial o accidental de la casa Palma e Hijos. Cádiz es a la vez espléndido y crepuscular, espectacular y subterráneo, el escenario idóneo para que coincidan la disciplina científica de la guerra moderna y el ancestral misterio del crimen. •

**EL PAÍS.com**

► **Primeras páginas de la novela *El asedio*, de Arturo Pérez-Reverte.**

## Rollo de papel continuo

### Cuando éramos honrados mercenarios. Artículos 2005-2009

Arturo Pérez-Reverte  
Alfaguara. Madrid, 2009  
625 páginas. 18 euros

Por Javier Goñi

AUNQUE ESCRIBA, como todos, en ordenador, la imagen que da Arturo Pérez-Reverte cuando, como en este caso, le reúnen —el crítico José Luis Martín Nogales— un tan numeroso puñado de artículos, es de escribir en una vieja máquina, sólida como un barco de guerra antiguo, en rollo de papel continuo, de aquellos de teletipo

que conoció el joven Reverte en las redacciones de antaño. APR colabora desde hace muchos años en *El Semanal*, el dominical *colorín* de un buen número de periódicos de todas las Españas. “Escribo con tanta libertad que me sorprende que me dejen”, confiesa, y con esa misma libertad le leemos, sin tener por qué estar de acuerdo en todo, pues si con nada ni con nadie se puede estar siempre de acuerdo en todo, ya me dirán con este espadachín de contundente acero toledano que da mandobles aquí y allá, desventra pellejos de falsas crianzas y mantea todo lo manteable con la sola fuerza de sus encolerizadas manos y recurriendo de paño a esta vieja piel de toro, llena de costurones y manchas de

sangre reseca, y casi todo, en el teatrillo nacional, es objeto de zarandeo. Haberle leído antes, el que lector suyo semanal se confiese, te permite hacer una pausa, respirar, compartir opinión o disentir de ella; otra cosa es —y he descubierto que resulta placentero— leerlos de corrido, con rollo de papel continuo, página a página, de nuestro a denuesto, los dos centenares. ¿Denuesto a denuesto? Maticemos. A mí me parece espléndido, por ejemplo, el artículo —casi un relato— del atracador de un euro en Cádiz; me parece que cuando escribe —sin ser crítico literario, advierte, y atraviesa con su acero a Umbral, pero también a “un tal García-Posada”: quién sabe qué factura se cobró ese domingo— sobre Scott

Fitzgerald le brillan —especialmente— los ojos. Y, desde luego, cuando sale a la mar: en estos casos, sus y a ellos, pardiez: expresión esta última inusual en el periodismo del siglo XXI, que la tengo anotada en la página 178. Le brillan los ojos, sí, si habla de barcos —fantasmas o no—, de almirantes, de héroes de Trafalgar. Este lector no tiene pariente próximo ni en la clase política (¡no!), ni en el funcionariado (creo), ni (desde luego) en las taifas autonómicas, pero con estos *colectivos* no deja títere con cabeza, ni con los cantamañanas, ni con los tiñalpas, ni con todo lo que es “socialmente correcto”. Contra todo esto, a degüello. Con un par, y en un excelente español, de mucho unte y sustancia. APR. •